DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO (CICLO B)

Hoy terminamos de leer la selección de la carta a los Efesios con una página famosa: la que habla de los esposos.

Terminamos también la lectura del capítulo 6 del san Juan, que hemos ido escuchando durante cinco domingos.

Podríamos ponerle a este domingo un epígrafe: *Optar entre Dios y los dioses*

Lectura del libro de Josué: 24, 1-2a.15-17: Asamblea de Siquén

La asamblea de Siquem, presidida por Josué, tiene por objeto la conclusión de un pacto entre las tribus de Israel y Yhavéh.

Existían dos clases de pactos: los pactos bilaterales de igual a igual, que eran los que hacía el emperador con las grandes potencias; y los llamados pactos de vasallaje, que tenían lugar entre el soberano y toda la red de pequeños reyezuelos que poblaban la región.

Estos últimos pactos se sujetaban a un formulario bastante uniforme, que constaba de cinco puntos. Un preámbulo, en el que se daba el nombre del soberano con todos sus títulos. Seguía un *prólogo histórico*, en el que el soberano evocaba todos los beneficios otorgados por él y por sus antecesores a favor del vasallo de turno. Este segundo punto era muy importante, pues la enumeración de los beneficios creaba en el vasallo un complejo de gratitud y de dependencia, que venían a continuación. Luego, seguía la lista de los testigos... Y finalmente, se formulaba una letanía de *bendiciones y de maldiciones*.

En el pacto de Siquém descubrimos los siguientes pasos: *el preámbulo* ("así dice el Señor, Dios de Israel", v. 2); el *prólogo histórico* (vv. 2-13); *la cláusula* capital, en virtud de la cual las tribus se comprometían a servir exclusivamente a Yahvéh (vv.14-21) ; *las cláusulas del pacto* (vv. 25-26); finalmente, se alude a los testigos (vv. 23.26.27). De todos estos elementos, el que más paralelos encuentra en la Biblia es, sin duda, el prólogo histórico.

La Liturgia solamente toma unos cuantos versículos: El primero, en el cual se nos narra el hecho de la reunión: *Josué reunió a todas las tribus de Israel en Siquem, llamó a los ancianos de Israel, a sus jefes, jueces y escribas que se situaron en presencia de Dios.*

Josué reúne a todas las tribus en Siquén ante Dios, es decir, en el santuario. Habla como los profetas.

También la Liturgia hace uso del v. 2a: "Josué dijo a todo el pueblo: "*Así dice el Señor, Dios de Israel*"

La Liturgia en esta ocasión tampoco emplea los vv. 2-14, cuya importancia hemos descrito antes, pues son como el *prólogo histórico* de tanta resonancia en toda la Biblia.

Es de lamentar el haber omitido el v. 14: *"«Ahora, pues, temed a Yahveh y servidle perfectamente, con fidelidad; apartaos de los dioses a los que sirvieron vuestros padres más allá del Río y en Egipto y servid a Yahveh*", que es el comienzo de *la cláusula* del pacto. Solamente se hace eco de los vv. 15-17, que vamos a analizar.

Hay otra situación muy similar en la historia de Israel. Es el día en que sobre el monte Carmelo Elías lanzó ante el pueblo allí congregado este reto dramático: "¿ Hasta cuándo vais a estar cojeando de los dos pies? Si Yahveh es Dios, seguidlo; si Baal, seguid a éste" (1 Re 18, 21)

Recordada la historia, saca la consecuencia para el presente y el futuro: temed al Señor y servidle con fidelidad, lo que supone la retirada de los dioses a los que sirvieron los padres en Mesopotamia y en Egipto.

Josué busca un c compromiso bien definido, que no admita interpretaciones ni rebajas. Busca también un compromiso solemne , que se recuerde para siempre: hay que elegir entre servir al Señor, con todas las consecuencias, o servir a los dioses de Mesopotamia o a los dioses de los amorreos, también con todas las consecuencias. Y sin poder volverse atrás. Josué y su familia ya han optado por el Señor.

15 "*Pero, si no os parece bien servir a Yahveh, elegid hoy a quién habéis de servir, o a los dioses a quienes servían vuestros padres más allá del Río, o a los dioses de los amorreos en cuyo país habitáis ahora. Yo y mi familia serviremos a Yahveh.»*

Da la impresión que en la asamblea de Siquem hay dos clases de tribus: las representadas por Josué, que profesan el yahvismo; y las otras tribus, que siguen dando culto a otros dioses. La jornada de Siquem habría tenido, por tanto, como resultado que todas las tribus se comprometieron a no reconocer más Dios que a Yahveh y este reconocimiento fue refrendado por un pacto.

16 "*El pueblo respondió: «Lejos de nosotros abandonar a Yahveh para servir a otros dioses."*

La respuesta del pueblo es unívoca. *"Lejos de nosotros"* equivale a tachar de blasfemia la propuesta de apostasía, el no servir." *Abandonar"* es lo contrario de servir; pero abandonar implica una situación precedente de aceptación. No están ante una elección inicial, sino ante una renovación al comienzo de la nueva etapa

17 "*Porque Yahveh nuestro Dios es el que nos hizo subir, a nosotros y a nuestros padres, de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre, y el que delante de nuestros ojos obró tan grandes señales y nos guardó por todo el camino que recorrimos y en todos los pueblos por los que pasamos."*

"Nuestro Dios" equivale a profesión de fe en el Dios de la alianza. El pueblo hace suyo el prólogo histórico resumiendo en tres tiempos la historia de la liberación: salida de Egipto como liberación de la esclavitud; camino por el desierto, que no es "habitar", sino "caminar"; entrada en Canaán

Esta conciencia nacional se veía alimentada y estimulada por la renovación de la alianza, que tenía lugar periódicamente en el santuario donde se encontraba el arca. Algunos autores piensan que esta renovación se celebraba anualmente dentro del marco de una liturgia especial, que bautizaban como fiesta de la alianza.

Creemos sinceramente que ha sido muy bien elegida esta lectura como preámbulo para comprender el final del capítulo 6 de San Juan.

El estribillo del salmo responsorial muy expresivo y centrado: "Gustad *y ved qué bueno es el Señor"*

La Segunda Lectura: Efesios 5, 21-32: Los esposos

Hoy finalizamos la lectura de la Carta a los Efesios, que hemos leído durante varios domingos.

Esta perícopa resulta muy interesante, pues ilumina la condición de los esposos. Esta lectura no ha sido bien interpretada, de tal modo que muchos han creído que San Pablo es víctima de la cultura de su tiempo.

Vamos a hacer un estudio de este texto, indicando posibles orientaciones para un mejor entendimiento.

El domingo pasado terminábamos con el v. 20 de este mismo capítulo 5; hoy reemprendemos la lectura con el v. 21:

"Estad. *Sujetos los unos a los otros en el temor de Cristo"*

Este versículo contiene el principio general que el apóstol va a aplicar ahora a las distintas circunstancias particulares de la convivencia doméstica. Claro que, en sentido muy amplio, las exhortaciones que se formulan de aquí al versículo 6, 9, presuponen que uno está lleno del Pneûma: presuponen la existencia cristiana obediente en el temor del Señor.

Nosotros solo leemos lo referente a los esposos, no decimos aquí nada acerca de los hijos y los padres y amos esclavos. Sería muy conveniente leer los vv. 21-33 del capítulo 5 y los vv. 1-9 del capítulo 6.

Toda la sección se halla dividida en tres partes, que muestran que el apóstol tenía presente la familia según la cultura antigua. Y, así, en los versículos 22-23 se habla de las relaciones fundamentales dentro del matrimonio: del comportamiento de las mujeres casadas con sus maridos, 22-24, de los maridos con sus mujeres, 25, 32, haciéndose al final una síntesis , v. 33; los versículos 6, 1-4 hablan de las relaciones mutuas entre los hijos y los padres, y los versículos 6, 5-9, de las relaciones entre los esclavos y los amos. El esquema que sirve de base a nuestra sección, corresponde a determinadas tradiciones catequéticas del cristianismo primitivo. Estas se hallan relacionadas, a su vez, con esquemas estoicos y judeo-helenísticos de la doctrina de los deberes domésticos y ciudadanos.

Pero Efesios 5, 21-6,9 es en buena parte una plasmación específicamente paulina de viejas tablas de conducta moral y de espejos de virtudes, como vemos no sólo por la exégesis de esos preceptos uno por uno, sino también por su esquema, dentro de la tradición cristiana primitiva, con su misma selección, limitación, sucesión y ordenación por pares de preceptos, se encuentra únicamente en Col 3, 18-4, 1. Pero incluso entre lo que se expone en Colosenses y lo que se expone en nuestra carta hay importantes diferencias. *En la carta a los Colosenses trata brevemente de las relaciones entre el marido y la mujer, y entre los hijos y los padres, mientras que habla más detenidamente de las relaciones entre los esclavos y los amos. En cambio, en la Carta a los efesios, su interés más destacado se centra en las relaciones entre los esposos. Y, así, estas relaciones adquieren en la Carta a los efesios una fundamentación completamente nueva con respecto a la Carta a los Colosenses y a toda la demás tradición catequética*.

San Pablo considera precisamente este " *estar sujetos los unos a los otros"* como el verdadero fundamento del hogar cristiano y también de la vida política.

Por tanto, después de la instrucción general de estar sujetos los unos a los otros , con una sujeción tal como la inspira el temor de "Cristo", vienen las exhortaciones siguientes, que se refieren a la convivencia en el hogar.

Para esta convivencia son de la máxima importancia la situación del hombre y la mujer y su relación respetiva. Por eso, el apóstol aborda en primer lugar estos dos temas. Exhorta brevemente a las esposas, en tercera persona, a estar sujetas a sus maridos, v. 22, y fundamenta esta exhortación refiriéndose a la relación ejemplar de la Iglesia con Cristo, versículos 23-24. Luego exhorta a los maridos a amar a sus mujeres, v. 25a haciendo una doble referencia a la relación de Cristo con la Iglesia: versículos 25b-27 y 28-32.

22. *Las casadas estén sujetas a sus maridos, como al Señor*. Este mandato no resulta actual, pues no se le entiende rectamente. Nosotros podemos añadir *que los maridos estén sujetos a sus esposas, como al Señor*. Es como una conclusión del versículo 21.

El sentido aparece claro realmente por el fundamento que se da más adelante, en el v. 23s: " *... porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la Iglesia, cuerpo suyo, del cual él mismo es el Salvador. Como la Iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos, en todo"*

Hoy no se puede hablar de que el marido es cabeza de la mujer. Ni la filosofía ni la teología admiten esta afirmación. Sí es correcto lo siguiente: *Cristo es cabeza de la Iglesia, cuerpo suyo, del cual él mismo es el Salvador.* Tanto el marido como la mujer son parte del Cuerpo, cuya cabeza es Cristo.

Como la Iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos, en todo. Tampoco es correcta actualmente esta afirmación. Se debe decir mejor: Los maridos y las casadas estén mutuamente sumisos, sujetos, como la Iglesia está sujeta a Cristo.

En una perfecta eclesiología la mujer y el marido son iguales, miembros del Cuerpo de la Iglesia.

Pablo se deja llevar quizá demasiado de la analogía Iglesia = cuerpo, Cristo = cabeza a la hora de hablar de la sumisión de la mujer con respecto al marido.

.

25-27 " *Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la Iglesia y se dio a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el baño del agua, por la palabra; a fin de presentarla a sí mismo como Iglesia gloriosa , sin mancha, ni arruga, ni cosa semejante, sino santa y sin mácula*"

En el v. 25 el apóstol se dirige con un vocativo expreso a los maridos, y les hace una exhortación breve "¡Amad a vuestras mujeres!". La exigencia dirigida al marido es fundamentada inmediatamente con una referencia a Cristo y a la Iglesia. El amor del marido a su mujer, y con ello la relación entre ambos, se entiende de hecho como reproducción del amor de Cristo a la Iglesia, amor que sirve de fundamento a las relaciones entre el marido y mujer

Cristo amó a la Iglesia, como vemos por el hecho de que se entregara por ella. El amor de Cristo se mostró como entrega de sí mismo a favor de la Iglesia.

Cristo se entregó para "*santificar"* a la Iglesia. La santificación tiene su razón de ser en la entrega que Cristo hizo de sí, pero se hace realidad en la purificación que tiene lugar en el bautismo.

Esa santificación que Cristo pretendió en su entrega se describe más detalladamente en la segunda oración final, v. 27. La finalidad de la santificación en su consumación, y con ello también la finalidad de la entrega que Cristo hizo de sí mismo a favor de la Iglesia, es la siguiente: que él , Cristo, se la presente gloriosa a sí mismo (es decir, a Cristo).

Con esto termina la primera fundamentación de la exhortación del apóstol dirigida a los maridos para que amen a sus mujeres. Pablo se inspiró en el importantísimo prototipo y modelo del amor de Cristo a la Iglesia: Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella con la intención de santificarla; para realizar esa santificación, la purificó por medio del bautismo; después de se bautismo, se la presentó a si mismo como esposa gloriosa.

28a: "*Así deben, pues los maridos amar a sus mujeres como a sus propios cuerpos."*
En v. 28a comienza una nueva idea que surge en relación con una exégesis de Génesis 2, 24: "Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne." La nueva idea se propone motivar de nuevo la exhortación dirigida por el apóstol a los maridos para que amen a sus mujeres: Amadlas como amáis a vuestro propio cuerpo.

V28b: "*El que ama a su mujer, así mismo se ama"* Se añade a modo de paréntesis, refiriéndose quizás a un proverbio, para consolidar la relación esposa-propio cuerpo.

29-30 "*Porque nadie aborrece jamás a su propia carne; antes bien la nutre y la cuida, así como Cristo lo hace con la Iglesia, puesto que somos miembros de su cuerpo"*
La Iglesia es "nutrida y cuidada" por Cristo en sus miembros (miembros de la Iglesia y miembros de Cristo).

31 "Por *eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne"*

Nos sorprende esta cita, pues comienza sin enlazar con lo que se ha dicho antes. Es como una exclamación del apóstol, que está tratando de la importancia del matrimonio.

32 "*Grande es este misterio, y yo lo interpreto como refiriéndose a Cristo y a la Iglesia"*

Misterio en este versículo 32 nos significa el misterio del pasaje bíblico como tal, ni tampoco el misterio del matrimonio como tal, sino el acontecimiento indicado en el pasaje bíblico, acontecimiento que es "typos" de Cristo y de la Iglesia.

El hecho de que el matrimonio cristiano deba modelarse conforme al ideal de los desposorios de Cristo con la Iglesia, le da una dignidad y un significado que

lo eleva al plano de lo sobrenatural, y está como pidiendo ser vehículo de gracia, como lo es la unión de Cristo con la Iglesia.

El Evangelio: Jn 6, 60-69

Comenzábamos el domingo XVII a leer el capítulo 6 de san Juan; en aquel domingo proclamábamos el hecho de la multiplicación de los Panes; el domingo XVIII el diálogo sobre el maná del desierto; el domingo XIX qué significa "creer" en Jesús; el domingo XX qué significa "comer" a Jesús (discurso sobre el pan eucarístico). Hoy, domingo XXI, las reacciones de los oyentes de este gran discurso.

Primera cosa que deberíamos estudiar es si todo este discurso en su origen era como ahora lo contemplamos, o quizá este discurso es la suma de otros discursos, pronunciados en diversas circunstancias; dejamos este problema; pero es muy conveniente tenerlo presente, pues así podemos aceptar ciertas extrañezas con las cuales nos tropezamos.

Vamos a presentar estos vv. 60-69, que la Liturgia nos ofrece.

"Muchos de sus discípulos, al oírle, dijeron: «Es duro este lenguaje. ¿Quién puede escucharlo?»

La "dureza de las palabras" sobre la que se pronuncian muchos de sus discípulos no se refiere a lo inmediatamente anterior, a la afirmación sobre la eucaristía. Lo más lógico y, probablemente, lo más correcto es responder que es la idea de comer la carne y beber la sangre del Hijo del hombre (vv. 53-56). Eso es lo que resultaría intolerable no sólo para los judíos sino también para el público helenístico de Juan

La murmuración y deserción de judíos-discípulos se halla suscitada por la pretensión manifestada por Jesús de ser el Revelador: "*Los judíos murmuraban de él, porque había dicho: «Yo soy el pan que ha bajado del cielo.»"* (Jn 6, 41) El auto testimonio de los que murmuraban no deja lugar a duda: "*Decían: Este es Jesús, el hijo de José. Conocemos a su padre y a su madre.¿ Cómo se atreve a decir que ha bajado del cielo?* (Jn 6, 42) Quien acepta a Jesús como el Revelador , como el enviado del Padre, como el que ha venido de arriba, no tiene por qué escandalizarse por las palabras sobre la eucaristía. Quien no lo acepta así "también" las afirmaciones eucarísticas son duras, es decir, sencillamente inadmisibles.

Pero sabiendo Jesús en su interior que sus discípulos murmuraban por esto, les dijo: « ¿Esto os escandaliza?

¿Os resulta difícil aceptar esto? *"¿Qué ocurriría si vieseis al Hijo del hombre subir adonde estaba antes?"*

Todos los exégetas consideran esta pregunta no completa y procuran dar respuestas para completarla. Nosotros resumimos: ¿Aumentaría el escándalo o disminuiría? La deducción inmediata parecería orientarnos en el sentido del aumento del escándalo. Creemos más probable que el escándalo desaparecería, porque supondría haber admitido el misterio de Jesús, que es el que vino de arriba, el enviado de Dios, no sólo el hijo de José, como ellos pensaban. El misterio de Jesús

se expresa mediante *la fórmula subir adonde estaba antes*. Y esto es lo duro e inadmisible.

Sube a donde estaba antes. Significa "al Padre". Se da a entender implícitamente que el Hijo del Hombre ha descendido antes, idea que , como hemos visto, resultaba muy desacostumbrada. La ascensión al Padre se realizará a través de la crucifixión y la resurrección.

Todo el proceso de la vuelta de Cristo a la gloria del Padre, en el que se incluye la crucifixión, fue no sólo el escándalo supremo, sino también la reivindicación de Cristo como Pan de Vida y, al mismo tiempo, la prueba de que comer su carne y beber su sangre no implicaba una especie de asesinato.

Hay que afrontar el escándalo y embarcarse en una costosa decisión de fe, antes de comer la carne y beber la sangre de Cristo, para que, en unión con él en la muerte, se pueda recibir el don de una vida eterna

Esto demuestra que la presente unidad literaria no era continuación del discurso sobre la eucaristía, sino que seguía al discurso sobre el pan de la vida, que terminaba en Jn 6, 51, antes de comenzar el discurso eucarístico.

«El espíritu es el que da vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida."

La propiedad esencial del Espíritu, según el cuarto evangelio, es la de dar vida.

Las palabras no tienen por qué referirse exclusivamente a las palabras del discurso anterior, sino que puede significar todo el conjunto de las palabras de la Palabra hecha carne. "Mis *palabras tienen capacidad de dar vida, mientras que las de Moisés eran incapaces de cumplir sus promesas"*

«Pero hay entre vosotros algunos que no creen.» Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían y quién era el que lo iba a entregar.

La frase implica que la vida que contienen las palabras de Jesús se recibe a condición de que haya fe. Creo que es suficiente esta explicación, pues nos alargaríamos mucho al intentar incluso presentar una síntesis.

Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él. Jesús dijo entonces a los Doce: « ¿También vosotros queréis marcharos?»

Jesús repite ahora a los discípulos la advertencia que entonces hizo (v. 36) sobre la falta de fe. La advertencia se mantiene en los vv. 37, 40 y 44, con alusiones a la necesidad de que se cumpla la voluntad del Padre: sólo creen en Jesús aquellos que son atraídos por el Padre. En el v. 65 tenemos exactamente la misma secuencia.

Ahora Jesús pone a prueba a los Doce, que sin duda formaban un grupo distinto de discípulos.

Le respondió Simón Pedro: «Señor, ¿donde quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios.»

La manifestación de Pedro: "*Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos. Y sabemos que tú eres el Santo consagrado por Dios*", en cuanto representante de los Doce, es la versión "joánica" de lo que conocemos como "la confesión de Cesarea de Filipo" (Mc 8, 27-30 y par.) Pedro no confiesa a Jesús como el Mesías, ni como el Hijo del hombre o el Hijo de Dios; en este pasaje de Juan presenta a Jesús como el *Santo de Dios*. Es una designación singular y antiquísima que expresa la suprema de aquella persona a la que es atribuida. No es un título corriente dado al Mesías. Juan lo considera como un importantísimo título profético-carismático.¿ Pretende poner de relieve la presencia del tres veces santo, del Dios santísimo, en Jesús? En tal sentido Jesús sería la encarnación y personalización de la santidad divina.

¿Es Jn 6 un capítulo eucarístico? Lo estrictamente eucarístico es Jn 6, 51b-58. Su colocación a continuación del discurso sobre el pan de la vida tiñe a éste de un aspecto eucarístico que, en realidad, no tiene. La insistencia en la fe ilumina algo que es fundamental: la eucaristía sin la fe no es nada; del mismo tinte eucarístico se halla teñido el relato de la multiplicación de los panes. En la mente del redactor final, esta ordenación de secuencias tenía la finalidad de presentar la eucaristía en un contexto eucarístico que originariamente no tuvo.

.